

## PRESENCIA DE AMERICA EN EL PENSAMIENTO EUROPEO

Por: **GABRIEL GIRALDO JARAMILLO**

*Artículo del Boletín de la  
Sociedad Geográfica de Colombia  
Números 45 y 46, Volumen XIII  
Primero y Segundo Trimestre de 1955*

**S**igamos hoy, 12 de octubre, los ojos maravillados y en sobresalto el corazón, tras las carabelas que batiendo pendones de Castilla, conducidas por la fe y la esperanza, arribaron un día, hace 460 años, a las playas inexploradas de un mundo nuevo. Recordemos por unos instantes ese grupo de navegantes gloriosos, más afortunados que los argonautas de la leyenda helénica, a quienes condujo hacia un más verdadero Vellocoino de Oro, la visión profética, la voluntad inquebrantable, la indomable energía del gran Almirante; volvamos los ojos hacia aquellas páginas, sencillas y sublimes como las del poema homérico, que al par de las carabelas, nos van llevando hacia las tierras ignotas; un tres de agosto —todos lo sabemos— comienza la hazaña: «Partimos viernes 3 días de agosto de 1492 de la barra de Saltes, a las ocho horas. Anduvimos con fuerte virazón, hasta el poner del sol, hacia el Sur sesenta millas que son quince leguas; después al Sudueste y al Sur cuarta del Sudoeste, que era el camino para las Canarias».<sup>1</sup> Sencillamente, como quien emprende un corto viaje, o mejor una jornada de pesca, se inicia la más extraordinaria aventura de la historia. De un lado quedaba el viejo mundo, la realidad, el pasado, el recuerdo de muchas empresas frustradas; del otro esperaba una tierra nueva que era la ilusión, el porvenir, la realización gloriosa de un programa concebido por quien —flor maravillosa del Renacimiento— había sabido conjugar todas las inquietudes de su tiempo e interpretar los anhelos de su época; de quien recogió todos los ímpetus de la alta Edad Media, entendió el significado profundo de las renovación de las ideas y de los medios de acción, recibió, fecundándola, la herencia árabe, y después de haber vislumbrado sin comprenderla plenamente, la posibilidad de un cambio profundo

---

<sup>1</sup> Fernández de Navarrete M. “Viajes de Cristóbal Colón”, Madrid 1899, p. 4.

en la historia, la ofreció en vano por tierras a Europa a príncipes y monarcas, hasta encontrar estimulante acogida, comprensión generosa y ayuda eficaz en una mujer admirable, paradigma de su tiempo y de su estirpe, que hizo realidad el sueño y dio forma visible a la ilusión del Gran Vidente.

Desde aquel 3 de agosto memorable hasta el 12 de octubre que hoy celebramos, transcurrieron apenas algunos días en el calendario, pero largo y angustioso fue el tiempo en el corazón de los navegantes y sobre todo en el de su capitán, que ante la mar tenebrosa que se presentía poblada de toda la horrorizante fauna con que los cartógrafos medievales habían decorado la rosa de los vientos, permaneció fiel a su destino, confiado en su empresa, aferrado a su fe ardiente como a un mástil de salvación; duros fueron aquellos días en que un puñado de hombres con frágiles tablas por fundamento y por motor las banderas desplegadas de ligeras velas, esperaron el momento definitivo de encontrar la buscada tierra.

Después del sol puesto —nos dice el Diario de relación— navegó a su primer camino al Oeste... Y porque la carabela Pinta era más velera e iba delante del Almirante, halló tierra y hizo la señal que el Almirante había mandado. Esta tierra vido primero un marinero que se decía Rodrigo de Triana... A las dos horas después de media noche pareció la tierra, de la cual estaría dos leguas. Amainaron todas las velas, y quedaron con el treco, que es la vela grande sin bonetas, y pusiéronse a la corda temporizando hasta el día viernes que llegaron a una isleta de los Lucayos, que se llamaban en lengua de indios «Guanahani».<sup>2</sup>

Un nuevo mundo estaba descubierto: aquel 12 de octubre se iniciaría una época en la historia universal y comenzaría nuestra propia historia; dos universos se enfrentarían en la iniciación de una lucha de varias centurias de la cual debía surgir —si no lo esperamos aún— una nueva humanidad. El hombre había dado el mayor de sus pasos hacia el progreso, completando su mundo, redondeando la tierra, iniciando la era moderna. Qué pobres aparecen a nuestros ojos las aventuras de viajeros antiguos y medievales, el Periplo de Hannon, las incursiones asiáticas de Marco Polo y aun las legendarias del marino Simbad, ante la hazaña de Colón y sus compañeros.

---

<sup>2</sup> Fernández de Navarrete M. Ob. cit p23.

Con razón pudo escribir el ilustre cronista don Francisco López de Gamara en su **Historia de las Indias**: «La mayor cosa después de la creación del mundo, sacando la encarnación y muerte del que lo crió, es el descubrimiento de Indias; y así, las llaman Mundo Nuevo».<sup>3</sup>

Esta fecha celebra no solo el hallazgo del nuevo mundo sino su poblamiento y civilización por España; la denominamos con nombre exacto aunque no siempre comprendido en toda su significación, Fiesta de la Raza. Lo es en realidad, pero no de la raza en su sentido biológico, sino en su sentido espiritual. Y esa ha sido, precisamente, la gran hazaña hispánica; hacer de la raza no una noción material que alude a conceptos aproximados, difíciles si no imposibles de apreciar y sobre todo de valorar, sino a nociones más altas, más trascendentes, de permanente valor espiritual en las cuales las jerarquías no se miden, como arbitrariamente lo han pretendido algunos, por colores, centímetros o índices, sino por la fuerza moral y el vigor del espíritu. España fue el aglutinante de muchos pueblos que, o no habían encontrado su propio destino o lo habían perdido ya.» De una lucha tres veces secular a la que no fueron ajenas, es cierto, la crueldad, la perfidia, la avaricia y la traición, pero tampoco estuvieron ausentes las más puras virtudes humanas, han salido veinte naciones que si aún no han encontrado su meta definitiva han recorrido ya lo más arduo del camino y se preparan, en dolorosa lucha, a cumplir su misión histórica.

Vano sería recorrer en esta ocasión las tremendas etapas de la historia americana, y corto sería el tiempo y menguadas las palabras para evocar la imagen del Gran Almirante, Descubridor y Padre de América. El bronce y el mármol pregonan en ambos mundos su gloria; varias ciudades se disputan su cuna y tres urbes ilustres —dos en América y una en España— guardan celosas su sepulcro. Cristóbal Colón a semejanza de los héroes homéricos ocupa un lugar intermedio entre la historia y la leyenda, entre la realidad y la fantasía; borrosa es su biografía, pero clara y magnífica su obra; que se ignoren su cuna y su sepulcro, que nos falten fechas y documentos exactos, que aún se discuta sobre sus cualidades científicas, sobre la originalidad de su hallazgo, sobre su habilidad política, nada importa ante el hecho de que su nombre esté grabado indeleblemente en el corazón de doscientos millones de americanos, que colombianos, colombinos, deberían llamarse. Y sobre todo, ahí está América entera —su obra— que lo eleva por encima de Santos y héroes, para convertirlo en creador, para levantarlo a la categoría de los semidioses. Ni la historia ni la leyenda en cincuenta siglos de humanidad, pueden presentar una figura más altiva, más ilustre, más fecunda que la del Gran Almirante del Mar Océano.

---

<sup>3</sup> López de Gomara, Francisco. “Historia de las Indias” (1552) en “Historiadores Primitivos de Indias” – Biblioteca de Autores Españoles desde la formación del lenguaje hasta nuestros días. Colección dirigida e ilustrada por don Enrique de Vedia. Madrid, 1946. I – 156.

Pero volvamos los ojos hacia su obra, hacia esta América apenas presentida por Colón, y veamos qué es lo que ella ha representado para el mundo. Porque un continente poblado de millares de seres humanos, emporio de inauditas riquezas en que se ha vivido, luchado, combatido durante siglos; una tierra en que florecieron civilizaciones admirables y en que moraron hordas primitivas, en que confluyen todos los climas, todos los frutos, los más variados elementos de la naturaleza; en que se hablan centenares de lenguas desconocidas y se practican los más diversos y originales ritos; un «mundo nuevo» en una palabra, algo ha debido significar para la humanidad.

¿Hasta dónde el encuentro del Nuevo Mundo se reflejó en el antiguo? ¿Hasta dónde América pudo contribuir a la transformación de Europa? ¿Qué nuevos elementos, qué ideas, qué sentimientos, llevó al hombre europeo y hasta qué punto pudo transformar su mentalidad, orientar sus costumbres, modificar sus instituciones, influir en sus propios destinos?

La respuesta a estos interrogantes no debe limitarse a los aportes puramente materiales fáciles de discernir, de alcance limitado aunque en ocasiones de gran significación y de profundas repercusiones en la vida de los pueblos. Ahí tenemos el oro de Indias que vino a nutrir las arcas de industriales, mercaderes y magnates europeos, que dio un impulso formidable, al desarrollo del capitalismo, si no fue más bien su fuerza inicial y germen creador, y que vino también —por extraña paradoja— a precipitar la ruina económica de la Metrópoli, agotada en su ingente maternal esfuerzo.

Ahí tenemos, pues, el oro y la plata de América que pasando de España a Francia, a Italia, a los Países Bajos, a la Europa entera, haría realidad los más irrealizables sueños de los alquimistas y reviviría la perdida y siempre ansiada Edad de Oro. Al par de los metales, el Nuevo Mundo brindaría a Europa sus riquezas vegetales, utilizadas unas para intensificar el placer, otras para aminorar el dolor; frutos, plantas, maderas, resinas, irían a colmar las refinadas mesas de ultramar y a contribuir al progreso de las ciencias y de las artes. En América encuentra Europa el más rico mercado, los más extraños productos, y así como el tabaco vendría a alegrar ese mundo sin humo que era el viejo continente antes del siglo XVI, la modesta papa se convertiría con el tiempo en riqueza más apetecible, de mayor entidad económica y más útil y aprovechable, que las esmeraldas y las margaritas que embelesaron a los primeros descubridores.

Pero el impacto recibido por Europa no fue solo en el orden material; muy por el contrario, América representa para el Viejo Mundo el más formidable estimulante espiritual que haya recibido desde la conquista romana. Y no fueron huestes invasoras, ni legiones armadas de escudos y lanzas; fueron

tan solo algunas nociones nuevas, algunos hechos sencillos y escuetos, algunas ideas que irían penetrando poco a poco en la conciencia europea hasta culminar en su completa transformación. El hecho, la presencia de América con todo lo que significaba, como vida nueva, hombres nuevos, métodos nuevos, se impuso en Europa con fuerza tal y con tan tremenda eficacia, que solo puede compararse con la influencia que otro hecho, simple y profundo al mismo tiempo, esencialmente revolucionario, había ejercido en la conciencia del continente quince siglos antes: la Doctrina de Cristo.

Para el europeo fatigado por siglos de lucha, angustiado por la presencia de problemas innumerables, agobiado por el peso de graves preocupaciones económicas, políticas y espirituales, América fue ante todo fantasía, esperanza, ilusión; frente al paraíso perdido de la libertad, ahogado por el despotismo de señores feudales y de príncipes renacentistas, América representa para el europeo del siglo XV, el Paraíso recuperado de la dignidad del hombre. El contraste era demasiado violento entre los dos mundos para que el antiguo no envidiara, un poco ingenuamente es cierto, la suerte del aborigen de América. Los primeros relatos del descubrimiento, el Diario de Navegación del Almirante, las cartas de Vesputio tan ampliamente divulgadas a través de todo el Continente<sup>4</sup>, las colecciones de viaje que Francanzio de Montaboldo y Alejandro Zorzi publican en Vicenza en 1507 con el título de **Paesi novamente ritrovati**<sup>5</sup> y la recopilación Hutichio Gryneo-Hervagiana, **Novus Orbis**, salida de las prensas de Basilea en 1532<sup>6</sup>, van llevando al hombre culto de Europa la impresión nítida de que una nueva tierra ha venido a completar el mundo y de que no es sueño inverosímil la presencia de una edad de oro en que todos los hombres puedan aspirar a la paz y a

---

<sup>4</sup> Inútil es insistir sobre la trascendencias de los relatos de Vesputio, y su divulgación en toda Europa; bastaría señalar el hecho de que entre los años de 1502 y 1507 aparecieron 24 ediciones de sus cartas, en diversas lenguas; por su estilo, su criterio mucho más sagaz que el del mismo Almirante, la comprensión de que las “islas del mar océano” eran en realidad un «nuevo mundo», explican el hecho de que Waltzemiiller en su «Cosmographiae Introductio» (1507 atribuya el descubrimiento al florentino y pro\* ponga el afortunado nombre,

Cfr. HARRISSE, H. «Bibliotheca Americana Vetustissima — A description of works relating to America published between the year 1492 and 1551, New York. 1866.

Biblioteca Nacional de Colombia. Edición facsimilar de las cartas de Vesputio. Introducción por Enrique Uribe White. Bogotá, Prensas de la Biblioteca Nacional, 1942.

<sup>5</sup> «Paesi Nouamente Ritrovati Per La Nauigatione di Spagna in Calicut et da Albertutio Florentino Intitulato Mondo Noua». Vicenza, 1907. La más antigua colección de viajes publicada en Europa; contiene, entre otros, los tres viajes de Colón, el viaje de los Pinzones, el tercer viaje de Vesputio; etc.

Cfr. HARRISSE, H. Ob. cit.

<sup>6</sup> «Novus Orbis Regionum ac Insularum Veteribus incognitarum». Basilea, 1532. Esta obra, una de las más populares, mereció repetidas reimpresiones, (Basilea, 1535, 1537, 1555) y traducciones (alemana: Estrasburgo 1534; holandesa: Amberes, 1563) etc. Se atribuye a la colaboración de Simón Grynoeus, John Huttich y Hervarg.

la felicidad. ¿Por qué extrañarnos, pues, de que sea un pretendido compañero de Vespucio, aquel Rafael Hitlodeo en cuyos labios pone el Canciller británico el relato fabuloso del país de Utopía?<sup>7</sup> El hallazgo del nuevo mundo y la descripción de pueblos que viven sin leyes y sin señores, gozando de los encantos de una perpetua primavera, sin sujeción a principios arbitrarios, en contacto permanente con la naturaleza, tranquilos y dichosos, hace revivir los ideales platónicos que encontraron en Tomás Moro, y luego en Francisco Bacon y en Tomaso Campanella los intérpretes de ese sentimiento de reacción contra su propio mundo, de ese grito de llamada hacia una sociedad mejor organizada, más justa y más humana. Es la simiente de las ideas de reivindicación social que si hallaron en los utópicos su fuente conceptual encontraron en los cronistas de América su fundamento ideológico. Porque América no fue solo estímulo y acicate para empresas múltiples, sino violento y prolongado latigazo que debía conmover el pensamiento político y social de Europa y que debería informar directa o indirectamente los movimientos revolucionarios que culminarían en la fecunda catástrofe de 1789.

Como reacción contra su propio medio, los pueblos han soñado siempre con tiempos mejores; a raíz del descubrimiento las tierras americanas vinieron a ocupar el puesto de los países legendarios de la edad dorada; tenemos el testimonio que nos da don Vasco de Quiroga, el ilustre Obispo de Méjico que pretendió realizar en sus famosos «Hospitales» la tesis utopista de Tomás Moro:

Porque no en vano sino con mucha causa y razón —escribe don Vasco— éste de acá se llama Nuevo Mundo, y es lo Nuevo Mundo, no porque se halló de nuevo sino porque es en gentes y en

---

<sup>7</sup> Creo que no se ha insistido lo suficiente sobre el hecho de que el personaje ficticio que relata el viaje a la Utopía sea un presunto compañero de Vespucio. Tomás Moro, viva encarnación del Renacimiento, encuentra en los relatos del florentino la ocasión de revivir los ideales platónicos y da nueva vigencia a «La República en su famosa obra: «De optimo republicae statu, de que nova ínsula Utopia». Londres, 1516.

Bien merecen citarse las palabras de Moro: « . . .ese hombre ha navegando, en efecto, pero no como Palinuro, sino como Ulises, o mejor aún, como Platón. . . dejó a sus hermanos el patrimonio que tenía en su patria, Portugal, y en su deseo de conocer nuevas tierras; juntóse a Américo Vespucio, del que fue compañero inseparable en los tres últimos de los cuatro viajes que andan en manos de todos...». «Utopías del Renacimiento, México, 1951. p. 9.

Pero la obra de Moro no es solo el sueño de un mundo mejor —al que América prestaba, a través de los relatos de cronistas y viajeros, una base cierta— sino una crítica tan fina como enérgica a la sociedad de su época. Comienza ya no solo la ilusión sino la autocrítica, sugerida por el Nuevo Mundo, a que se hará referencia más adelante.

cuasi en todo como fue aquel de la edad primera y de oro, que ya por nuestra malicia y gran codicia de nuestra nación ha venido ser de hierro y peor.<sup>8</sup>

La idea va penetrando en los espíritus europeos a través de viajeros, misioneros y cronistas; frente al hombre pervertido del viejo mundo, el indio americano es el representante de las virtudes primigenias; sus cualidades pretendidas o reales, se oponen a los vicios del europeo, así como sus instituciones puras, simples, generosas, deberían presentarse como paradigmáticos modelos de sabiduría política.

Exalta las virtudes del indio el Arzobispo don Juan de Palafox y Mendoza en libro memorable que sería traducido y divulgado llevando a los europeos una nueva prueba de la bondad del aborígen.<sup>9</sup> En Francia Montaigne se hace el eco de la América utópica:

Estas naciones me parecen, púes, solamente bárbaras, en el sentido de que en ellas ha dominado escasamente la huella del espíritu humano y porque permanecen todavía en los confines de su ingenuidad primitiva. Las leyes naturales dirigen su existencia muy pocos bastardeadas por las nuestras, de tal suerte que, a veces, lamento que no hayan tenido noticias de tales pueblos, los hombres que hubieran podido juzgarlos mejor que nosotros. Siento que Licurgo y Platón no los hayan conocido, pues se me figura que lo que por experiencia vemos en esas naciones sobrepasa no solo las pinturas con que la poesía ha embellecido la edad de oro de la Humanidad, sino que todas las invenciones que los hombres pudieran imaginar para alcanzar una vida dichosa, juntas con las condiciones mismas de la filosofía, no han logrado representarse una ingenuidad tan pura y sencilla, comparable a la que vemos en esos países, ni han podido creer tampoco que una sociedad

---

<sup>8</sup> Citado por Silvio Zabala. Véase: «Utopías del Renacimiento!», con un estudio preliminar de Samuel Imaz. México, 1941, pp. XVI — XVII.

Sobre la obra y la personalidad. de Vasco de Quiroga, véase el estudio fundamental de Silvio Zabala «La Utopía de Tomás Moro en la Nueva España», .México., 1937.

<sup>9</sup> Palafox y Mendoza, Juan. «Virtudes del Indio» (1650?). Esta obrita famosa fue impresa clandestinamente, sin portada ni pie de imprenta. Fue reimpressa en el tomo décimo de la «Colección de Libros raros o curiosos que tratan de América», Madrid, 1893. La obra fue conocida en Europa gracias a la versión francesa anónima publicada en París en 1672 y 1676. Se halla incluida en «Relations de divers voyages curieux», París, 1672, con el título «L'indien, ou' Portrait au naturel des Indiens».

La obra del erudito y fecundo Palafox y Mendoza es, dentro de su brevedad, un tratado en defensa del indio americano; es la reacción contra quienes pretendieron esclavizar al indio negándole su calidad de racional y excusar los abusos de conquistadores y encomenderos con el pretexto de los vicios del aborígen. Es, con las obras de Fray Bartolomé de las Casas, la más brillante réplica a todos los antimericanistas de su época. Las obras de Palafox y de las Casas son el mejor antecedente de la concepción tan europea y tan siglo XVIII, del buen salvaje.

podiera sostenerse con artificio tan escaso, y, como si dijéramos, sin soldadura humana... ¡Cuán distante hallaría Platón la república que imaginó de la perfección de estos pueblos! Y no satisfecho con tan alto elogio, cita a Séneca: Viri a Diis recentes: hombres son estos que salen de las manos de, los dioses!<sup>10</sup>

Pero serían los misioneros y especialmente los Jesuitas los encargados de ensalzar las calidades del hombre de la naturaleza, del indio americano; el Padre Lejeune en su Relación de 1634 nos habla de las «buenas cosas que se encuentran entre los salvajes» y no contento con pregonar sus virtudes morales e intelectuales, en términos entusiastas pondera su belleza física, diciéndonos: «He visto sobre los hombros de este pueblo las cabezas de Julio César, de Pompeyo, de Augusto, de Otón y de otros que había visto en Francia impresos en papel o grabados en las medallas».<sup>11</sup> No es raro pues, que el indio americano adquiriera a través de sus intérpretes plásticos europeos como el grabado de Teodoro de Bry y sus seguidores, la altivez y la prestancia de los modelos clásicos y que uno de los discursos de Rousseau lleve en su frontispicio un grabado de Moreau el joven que representa al «salvaje virtuoso», de gesto altivo, hermosas proporciones, un rostro pleno de honradez y bondad: es la imagen ideal que los misioneros-cronistas divulgaron en Europa en las páginas admirables de sus «Cartas Edificantes».<sup>12</sup> La Utopía había sido hallada y los Jesuitas en sus

---

<sup>10</sup> La obra fundamental de Montaigne (1533-1592) los “Essais” fue publicada, aunque no completa, en 1580; la edición definitiva debida a Mlle. de Gournay apareció después de la muerte del autor en 1595. Se ha utilizado la traducción española de Constantino Román y Salamero: «Ensayos de Montaigne», París, Garnier, S. F. Tomo I, pp. 159-160.

Las opiniones de Montaigne sobre América son particularmente valiosas, pues su influencia sobre el desarrollo del pensamiento fue inmensa; representó el equilibrio, la discreción, la moderación y la tolerancia; fue, como lo dice acertadamente Faguet, uno de los mejores maestros de sabiduría humana.

<sup>11</sup> Citado por Gilbert Chinard en su obra fundamental *L'Amérique et le reve exotique dans la littérature française au XVII et au XVIII siècle*. París, E. Droz, 1934, p 139.

En realidad quien establece una más estrecha relación entre los americanos y los héroes clásicos, creando en esta forma con muy frágiles fundamentos es cierto, pero con método excelente, la etnografía comparada, es el Padre Lafitau, autor de una obra plena de interés científico: «Moeursdes Sauvages Américains». París, 1724.

Cfr. Van Gennep, Arnold. «Religions, Moeurs et Legendes, París, Mercure de France, 1914. 5me. Serie, pp. 111-133.

<sup>12</sup> Las Letres édifiantes et curieuses comenzaron a aparecer en 1702; la colección completa va de 1733 a 1776 y comprende 34 volúmenes; en 1780 se publicó una nueva edición aumentada.

Existe una reimpression moderna de las relaciones de Canadá, en 73 volúmenes, publicada en Cleveland, por R. G. Thwaites. No se ha ensayado todavía entre nosotros ni, que sepamos en América el estudio sistemático y critico de este monumento de noticias y observaciones etnográficas, sociales, económicas y políticas que constituye una de las más ricas fuentes de la historia americana. Los Jesuitas exponen con entera libertad sus



Misiones del Paraguay debían convertirla en actuante realidad política y económica. El Padre Nyel en carta del 26 de mayo de 1705 sobre las misiones de los Moxas, después de describir y encomiar su organización social, dice:

He aquí, pues, mi Reverendo Padre, a este pueblo escogido de Dios, a esta nación destinada en estos últimos tiempos a renovar el fervor, la devoción, la vivacidad de la fe y esta perfecta unión de los corazones que en otras épocas sé admiraba entre los primeros cristianos de la primitiva Iglesia. El espectáculo de estas virtudes debe avergonzar a nuestros pueblos civilizados y hacer adorar los designios de Dios que ha derramado sus gracias sobre pueblos apenas salidos de las tinieblas de la barbarie.<sup>13</sup>

Virtudes religiosas y calidades morales, sabia organización y nobles designios encuentran los innumerables panegiristas del nuevo mundo en sus pueblos y habitantes. Rastreando los orígenes del socialismo, Andrés Lichtenberger nos dice que en el siglo XVIII todo mundo tiene en la boca las palabras de estado de naturaleza, de buen salvaje, de Esparta, de Paraguay, y cita a Rouillé d'Orfeuil, olvidado utopista, que exclama refiriéndose a los salvajes: «¡Oh qué felices naciones! ¡Oh qué amables hombres! ¡Qué simplicidad en las leyes y en las costumbres! ¡Qué unión! ¡Qué armonía! Yo quisiera vivir entre ellos y seguramente me corregirían pues el ejemplo es la más segura guía y podría llegar a ser dichoso como ellos».<sup>14</sup>

Tan arraigados estaban en la conciencia europea los utópicos ideales de felicidad entre ciertas tribus y bajo ciertas instituciones de Bouganville rio da crédito a sus ojos al no encontrar en el

---

puntos de» vista y al lado de sagaces observaciones sobre la vida de los pueblos que catequizan, inician en forma velada, pero no por ello menos elocuente, la crítica de las instituciones europeas. Los autores que han tratado estos temas, como Chinard y Geoffroy Atkison reconocen la influencia enorme que las relaciones de los Jesuitas, tanto los de las misiones americanas como las de otros continentes, ejercieron sobre el desarrollo de las ideas en el curso del siglo XVIII.

A. Duméril, autor de uno de los primeros ensayos sobre el tema, escribe: ¿Quién no admirará su amplitud de espíritu y la perfecta libertad que llevaban al examen de los prejuicios que dominaban a los gobernantes y a los pueblos de Europa?. («Influence des Jésuites considérés commissionnaires sur le mouvement des idées au XVII siècle», en Mémoires de l'Académie des sciences, arts et Belles-Lettres de Dijón, 1874. p. 3.

<sup>13</sup> Citado por André Lichtenberger: «Le Socialisme au XVIII siècle». París, 1895.

En su excelente tesis sobre los orígenes del socialismo Lichtenberger insiste sobre la trascendencia de las «Cartas edificantes» en la evolución de las ideas políticas. Véase, Ob. Cit. p> 32 y ss.

<sup>14</sup> Ob. cit. p. 359. La obra de Rouillé d'Orfeuil es el «Alambic des Lois», París, 1773, uno de estos tratados sobre política y buen gobierno en que fue fecundo el siglo XVIII, y en los que las ideas sugeridas por los viajeros y cronistas constituyen el aspecto más original y atrayente.

Paraguay la felicidad que buscaba; su juicio, su mentalidad de hombre del siglo XVIII, se resistía a creer que la perfección no fuera alcanzada por «el modelo de una administración hecha para dar a los hombres la felicidad y la sabiduría».<sup>15</sup>

Numerosos son los utopistas, los amigos del pueblo, los servidores de la humanidad que encuentran en la vida y las costumbres del primitivo los ideales perdidos; toda la cauda ideológica que comienza con los primeros cronistas de Indias, con los misioneros, viajeros e historiadores, que encuentran en ideólogos, filósofos y pensadores panegiristas entusiastas, desemboca en la obra de Juan Jacobo Rousseau que dará un grito de regreso a la naturaleza, que construirá sus sistemas educativos, sus conceptos políticos, sus programas ideológicos partiendo de la naturaleza y su pretendido contrato social. Frente a una Europa decadente, supercivilizada, que había olvidado la naturaleza o que, mejor aún, no la había comenzado a conocer, América representa un nuevo tipo de vida, un ideal, una evasión. Europa es la inteligencia y América es el instinto; la una representa lo artificial, la otra, lo espontáneo; la primera es arte, la segunda, naturaleza simplemente.<sup>16</sup>Rousseau conjuga todas las ideas que flotaban en el ambiente de su tiempo y las convierte en fuerzas explosivas; el «buen salvaje» es un Emilio que debe guiarse solo por el instinto, por la razón, que ha permanecido puro, incontaminado de los vicios de la civilización. Ese regreso a la naturaleza —mejor aún, ese viaje hacia América— inspira toda la obra filosófica y pedagógica del ginebrino. Todos los elementos de lo que podría llamarse la «pedagogía aborigen» se encuentran en el «Emilio»; la preferencia del campo, la carencia de libros, de ciencias, de sociedad; así se logra esa «educación negativa» ideal rusoniano; como Bodin y Campanella, como Tomás Moro y Bacon concibieron sus utopías políticas con base en relatos de viajeros y cronistas, así Rousseau elaboró su utopía pedagógica basado en la vida americana; porque Rousseau, como lo ha dicho Paul Hazard, es ante todo un teorema filosófico, es la demostración sistemática de un sistema; es, pues, una utopía, pero una utopía consciente.<sup>17</sup> Esta genealogía ideológica en la que solo hemos señalado

---

<sup>15</sup> Bougainville. «Voyage autour du monde». París, 1771. Tomo I, p. 182.

<sup>16</sup> La literatura utópica de los siglos XVI, XVII y XVIII que nace, o mejor aún, renace, con el hallazgo de América, es en extremo abundante; suelen citarse las Utopías célebres, como la de Moro, Campanella, Bacon o Bodin; pero las obras menores son muy numerosas y se mezclan a los viajes imaginarios de los cuales se publica una colección en Amsterdam entre 1783 y 1787 que comprende 30 volúmenes.

<sup>17</sup> Hazard, P. «Histoire de la littérature française illustrée», París Tomo II, p. 124.

Pero no es solo en el < Emilio > en donde se encuentra la influencia de los hechos americanos sobre Juan Jacobo; es especialmente, en sus famosos discursos, y de manera particular en el «Discours sur l'origine et les fondements de l'inégalité parmi les hommes», (1754), obra fundamental para el conocimiento del filósofo ginebrino y en donde son patentes las huellas de viajeros y cronistas que él mismo cita en sus notas.

hechos aislados, escogidos entre centenares nos lleva lógicamente a encontrar el Nuevo Mundo — como problema, como fenómeno político y social, como estímulo de la inteligencia— el origen de todo un movimiento de ideas que si fueron ilusiones apenas entre los utopistas, se transformaron en conceptos creadores en la mente de los filósofos y en armas poderosas en manos de los políticos y los revolucionarios. Porque América no fue solo ilusión sino también polémica, lucha de ideas, combate espiritual.

La Conquista de América no se desarrolló solamente en los campos de batalla del nuevo mundo, sino en las cátedras, en las cortes, en las universidades del antiguo. Y si América fue derrotada por las armas, resultó vencedora en el campo de las ideas. No es acaso soldado de valor muy superior a los conquistadores, un Francisco de Vitoria, la voz más altiva, más libre, más inspirada de todo el pensamiento español del siglo XVII. Desde su cátedra de Salamanca el dominicano insigne se enfrenta al poder supremo del Emperador, al capricho y a la arbitrariedad de los más altos monarcas europeos, armado apenas de su fe, de su lógica, de su dialéctica. Y en aquella singular batalla el derecho triunfa de la fuerza, las ideas vencen los intereses, el valor de un solo hombre le da una conciencia política y social a todo un imperio.<sup>18</sup> Pero Vitoria no está sólo; las ideas que sugiere al descubrimiento y la conquista del nuevo mundo forman parte del patrimonio general del Renacimiento; la conquista de las nuevas tierras es defendida y atacada; Francisco de Soto, Ginés de Sepúlveda, el doctor Palacios Rubios, Fray Julián Garcés y hasta el mismo Papa Paulo III intervienen en aquella homérica disputa. Porque no solo el exaltado y apostólico Bartolomé de las

---

La bibliografía sobre Rousseau es inmensa, pero desde nuestro punto de vista merecen citarse dos estudios excelentes: «La sentiment de la nature en France de J. J. Rousseau a Bernardin de Saint-Pierre» de Daniel Mornet, París, 1907, y el artículo de Jean Morel. «Recherches sur les sources du Discours de J. J. Rousseau sur l'origine et les fondements de l'inegalité parmi les hommes» en «Annales de la Société J. J. Rousseau», Tomo V. Lausanne, 1910.

<sup>18</sup> A pesar de la trascendencia de la obra de Vitoria aún no ha logrado ser popular y continua ignorándose aun en los centros académicos e intelectuales. Iniciada por los belgas, los franceses y los americanos, el análisis de las polémicas del ilustre dominicano ha encontrado ya eruditos y entusiastas comentaristas en España.

Cfr. Francisci de Vitoria. <De Indis et de iure belli-Relectionis>. Edited by Ernest Nys. Published by the Carnegie Institution of Washington, Washington, 1917.

Brown Scott, James. «The Spanish conceptions of International law and of sanctions». Washington, 1934.

Getino, P. Fr. Luis G. Alonso: <El Maestro Fr. Francisco de Vitoria. Su vida, su doctrina, su influencia>. Madrid, 1930.

Barcia Trelles, Camilo. «Francisco de Vitoria fundador del Derecho Internacional Moderno», 1928. Como obra de divulgación tiene cierto interés la de Angel Osorio: «El Pensamiento vivo del P. Vitoria». Buenos Aires, 1943.

Casas fue el único defensor de los indios; es cierto que ninguno como él fue más ardiente y atrevido, más temerario en su noble empresa reivindicatoria ni más exaltado en la polémica; su obra sería utilizada como bandera política y como pregón de propaganda.<sup>19</sup>

Pero las voces se levantan en toda Europa; como ejemplo bastaría citar las palabras que Rabelais pone en boca de Grand-gousier y que nos dan la opinión de una de las más claras figuras del Renacimiento sobre el problema de la conquista:

El tiempo no es de conquistar reinos, y mucho menos en los dominios de su cristiano aliado y amigo; esta imitación de los antiguos Hércules, Alejandro, Aníbal, Escipiones y Césares es contraria a las prescripciones del Evangelio, que nos encomiendan guardar, regir, salvar y administrar cada uno de sus tierras y no invadir hostilmente las de los demás. Eso que los mencionados sarracenos y bárbaros llamaban proezas, debemos nosotros llamar bandidajes y maldades. . Mejor hubiera hecho en sostenerse en su casa gobernándola lealmente, que en insultar la mía y saquearla, porque gobernándola bien la hubiera aumentado, y por saquear, la mía será destruido<sup>20</sup>.

El problema de América empieza a inquietar a todos los pensadores europeos; si para algunos América es la Utopía rediviva, para otros plantea arduas cuestiones de pensamiento, de política, de organización del Estado. Ya Montaigne en sus ensayos defiende al aborigen de la acusación del salvaje en frase que resume toda una revolución del pensamiento: «Creo que nada hay de bárbaro ni de salvaje en esas naciones, según lo que se me ha referido; lo que ocurre es que cada cual llama barbarie a lo que es ajeno a sus costumbres». Y en su ensayo sobre los vehículos hace brillantemente la apología de las nuevas tierras y se duele de su conquista:

«Nuestro mundo acaba de encontrar otro no menos grande, sólido y membrudo que él.... «Era un mundo niño, y nosotros no le hemos azotado y sometido a nuestra disciplina por la supremacía de nuestro valor y fuerzas naturales; ni lo hemos ganado con nuestra justicia y bondad, ni subyugado con nuestra magnanimidad. La mayor parte de sus respuestas y las negociaciones pactadas con

---

<sup>19</sup> No se ha insistido lo suficiente sobre el significado político de la obra de Las Casas y su aprovechamiento por los enemigos de España. No es solo la base de la leyenda negra sino también la bandera antiespañola de todos los países europeos. Las ediciones y traducciones de la Brevísima Relación» se suceden a través de los siglos XVI, XVII y XVIII. Véase Joseph Sabin: >A list of the printed editions of the works of Fray Bartolomé de las Casas», New York, 1870.

<sup>20</sup> Rabelais, F. «La vie de Gargantua et de Pantagruel\* en «Oeuvres de Rabelais\*. París, Garnier S. f. cap. XLVI.

ellos testimonian que nada nos debían en clarividencia de espíritu ni en oportunidad...». Mas en cuanto a la devoción, observancia de las leyes, bondad, liberalidad, lealtad y franqueza, buenos servicios nos prestó el no tener tantas como ellos: Esa ventaja los perdió, vendiéndolos y traicionándolos»<sup>21</sup>.

Es que el dolor de América hace nacer en los europeos un sentimiento que el esfuerzo redentor del cristianismo apenas sabía plantado: La piedad, el humanitarismo que será una de las características emocionales del siglo XVIII, siglo en que florecen todas las semillas espirituales llevadas del nuevo mundo. El Barón de Montesquieu, en cuya obra no está ausente la preocupación americana, nos da una buena muestra de ese sentimiento de piedad al lamentar la suerte del inca Atahualpa, cuya muerte exhibe como claro ejemplo de la violación de los principios del derecho de gentes.<sup>22</sup>

Pero la polémica pasa del terreno teórico al planteamiento político; la admiración hacia la vida y las instituciones americanas se convierten en crítica a los regímenes europeos; y encontramos aquí uno de los aspectos más novedosos, más fecundos y más ignorados de la que pudiéramos llamar la obra de América en Europa.

La lenta labor comienza por la admiración irrestricta hacia lo exótico; historiadores y filósofos vuelven la mirada hacia ese mundo nuevo antítesis del suyo propio; pero la actitud pasiva se va convirtiendo en acción, en beligerancia, en oposición. La América aborígen con sus tribus cercanas a la naturaleza,, sus sistemas de propiedad comunal o de ausencia de toda propiedad, la relativa o presunta igualdad de sus gentes, la libertad ilimitada de ciertos pueblos, vino a mostrar a los europeos la imagen de lo que habían sido, de lo que algunos —los descontentos, los desposeídos, los revolucionarios— quisieran volver a ser. El mundo ideal de las eras clásicas, que parecía definitivamente clausurado, América lo ofrecía vivo, palpitante, casi inmediato, a través de los relatos de viajeros y catequistas. En el estado de naturaleza había algo más que una postura intelectual: había una idea revolucionaria; el «Alequín Salvaje» de Delisle (1721) tiene el mismo lenguaje de los aborígenes a los primeros conquistadores; sus palabras parecen tomadas de los

---

<sup>21</sup> Montaigne. Ob. cit. Tomo II, p 280.

<sup>22</sup> Montesquieu. «L'Esprit des Loisi. (1748). Lib. XXVI. cap. XXII. El texto bien merece ser citado íntegramente: «Los principios que hemos sentido fueron violados cruelmente por los Españoles. El inca Atahualpa, que solo podía ser juzgado por el derecho de gentes, lo fue por las leyes políticas y civiles, acusándole de haber mandado matar a algunos de sus vasallos, de haber tenido muchas mujeres, etc. Y el colmo de la estupidez fue que no le condenaron con arreglo a las leyes civiles y políticas de su país, sino por las de España». Montesquieu cita al inca Garcilaso de la Vega, que es uno de sus autores americanos preferidos y a quien conoció a través de la traducción francesa de J. Baudoin, París, 1633, reimpresa en Amsterdam en 1704.

relatos de los cronistas; y las que fueron entonces expresiones infantiles, son ahora, en el siglo XVIII, voces llenas de contenido y de trascendencia:

«Pienso que todos vosotros sois locos y que os creéis cuerdos, ignorantes que os creéis ilustrados, pobres que os creéis ricos, y esclavos que os creéis libres, y luego: «Sois locos porque buscáis con gran pena una infinidad de cosas inútiles; sois pobres porque limitáis los bienes al dinero y a otras tonterías en vez de gozar simplemente de la: naturaleza como nosotros, que no queremos tener nada a fin de gozar libremente de todo. Sois esclavos de todas vuestras propiedades que preferís a vuestra libertad y a vuestros hermanos y que haríais colgar si os tomasen la menor parte de lo que os es inútil. En fin sois ignorantes porque hacéis consistir vuestra sabiduría en saber leyes, mientras no conocéis la razón que os enseñaría a prescindir de las leyes como nosotros.»<sup>23</sup>

El salvaje es, pues, el ejemplo vivo; sus instituciones simples son una censura objetiva a la caduca organización .europea; pero aunque el sentimiento está ya formado al iniciarse el siglo XVIII —y de ello es claro ejemplo Montesquieu— el poder del antiguo régimen es aún muy fuerte; por eso la crítica no es directa sino que se toma el velo del diálogo exótico o la leyenda simbólica. El Barón de Lahontan personifica mejor que ningún otro escritor de su tiempo, esta actitud veladamente subversiva. Sus diálogos con el salvaje Adario, indio Hurón, de «buen juicio» constituyen la más elocuente y violenta requisitoria contra el gobierno y las instituciones; europeas; todas las ideas revolucionarias de la Enciclopedia se encuentran en las aparentemente ingenuas palabras de Adario, aunque expresadas de manera mucho más directa y por consiguiente más eficaz. Solo a un salvaje se le permitía pisotear, como en efigie lo hace Adario en los grabados que acompañan las primeras ediciones de los Diálogos, la monarquía, el poder y la ley, simbolizadas en el cetro, la corona y el código. Con razón escribe Gilbert Chinard, insigne comentador de Lahontan, que los «Diálogos con un salvaje» no son ni un tratado político, ni una disertación erudita; son el toque de clarín de un periodista revolucionario; lo que Lahontan anuncia no es solamente Rousseau, es el Padre Duchesne y los socialistas revolucionarios modernos, y esto diez años antes de la muerte de Luis XIV.<sup>24</sup>

Esta actitud —de la que podrían citarse ejemplos numerosos— traduce una rebeldía interior, un anhelo de protesta, un descontento colectivo, y el indio, el salvaje, el hurón, el inca o el tahitiano,

---

<sup>23</sup> Delisle de La Drévetière. «Arlequin Sauvage», París, 1721. p. 54.

<sup>24</sup> Chinard, G. Ob. cit. p. 185. Véase asimismo: Barón de Lahontan. «Dialogues curieux entre l'auteur et un sauvage de bon sens qui a voyagé et Mémoires de l'Amérique Septentrionale publiées par Gilbert Chinard». The John Hopkins Press, Baltimore, 1931.

sirven solo de pretexto para la expresión de ideas que flotan en el ambiente y que están en todos los espíritus; pero no solo son ellos portavoces; hay algo más hondo. Es que el mundo primitivo ha mostrado al mundo europeo, lo que ha perdido a través de 18 siglos de dominio, de arbitrariedad, de injusticia, de esclavitud legal, de exaltación de valores artificiales, de explotación, de intolerancia, de fanatismo, en una palabra, de civilización occidental. El salvaje de América vino a despertar al salvaje de Europa que dormía desde los tiempos de Tácito y de Julio César; y cada uno de aquellos supercivilizados, de aquellos descontentos, se sintió muy cerca del hombre primitivo; como Montesquieu años antes había vestido el turbante para protestar contra la intolerancia, así los «salvajistas» del siglo XVIII, se disfrazaron de plumas para dar rienda suelta a su protesta.

América —lo hemos visto en parte— está viva y presente en todos los pensadores cuyas ideas deberían aflorar más tarde en la Revolución, desde Montaigne hasta Juan Jacobo Rousseau. El mismo Voltaire no puede menos que reconocer que «el descubrimiento de América, objeto de tanta avaricia y de tanta ambición, se ha convertido también en objeto de la filosofía»<sup>25</sup> y los hechos más fundamentales de la historia del nuevo continente —la conquista, el oro de Indias, los grandes imperios americanos, y la naturaleza misma del nuevo mundo y de sus habitantes— le merecen interesantes observaciones en dos de sus obras capitales, **El Diccionario Filosófico y el Ensayo sobre las costumbres**. Pero si América comenzó por ser ilusión para convertirse luego en problema, le dio más tarde a los pueblos europeos una noción más alta, más trascendente y más fecunda: la idea de la libertad. Este ha sido el mejor fruto americano, la más rica presea, el más valioso presente del nuevo al viejo mundo. La ilusión inicial engendró el análisis, la autocrítica que se vuelve protesta y culmina en revolución; los derechos del hombre no vinieron de Europa, sino que de la libre América, por el conducto de misioneros, viajeros y cronistas irrumpieron en el pensamiento europeo, de donde regresaron, es cierto, ya elaborados; pero América suministró la materia prima de la libertad; y no solo puso las bases, echó los cimientos creando inquietudes nuevas, planteando problemas económicos, políticos y sociales, sino que dio el ejemplo vivo por medio de la independencia de las trece colonias norteamericanas<sup>26</sup>. Se ha venido repitiendo sin el menor sentido de la realidad histórica y sin el conocimiento adecuado de las fuentes auténticas que nuestra revolución de independencia tuvo una de sus causas fundamentales en la Revolución Francesa. Ninguna afirmación más desprovista de fundamentos, más superficial y menos concordante con todo el proceso de las ideas libertarias.

---

<sup>25</sup> Voltaire. Dictionnaire philosophique. (1764), art. América

<sup>26</sup> Sobre el apareamiento de las ideas de libertad, igualdad, fraternidad, etc. véase el erudito y sagaz estudio del profesor Geoffroy Atkinson: «Les relations de voyages du XVII siècle et Révolution des idées, contribution à l'étude de la formation de l'esprit du XVIIIe. siècle. París. Champion. 1924.

Se ha dado un valor excesivo a hechos circunstanciales, prestando trascendencia ideológica y hondura política a lo que solo rozó superficialmente la conciencia de algunas minorías; se ha invertido el valor de los hechos históricos olvidando todo un proceso de ideas, sentimientos y actitudes, y aún de episodios de significado profundo y duradero, tanto más eficaces cuanto que fueron nuestros, nacidos en nuestro propio suelo, producto de nuestros propios hombres, para fijar la atención, con incomprensible y exclusivista criterio, en la repercusión de un hecho que si fue inmenso en sí mismo, apenas si tuvo un apagado eco en el mundo americano.

Es evidente que el movimiento de 1789 fue conocido en América y que algunas de sus ideas directrices alcanzaron cierto prestigio entre los criollos ilustrados; pero se ha exagerado su alcance y significación; Antonio Nariño traduce y publica clandestinamente los Derechos del Hombre, que estaban implícitos en múltiples obras sobre América y que venían siendo repetidos por Cabildos y corporaciones; que se habían hecho sangre y espíritu en las revoluciones libertarias que el despotismo español —más benévolo sin duda y menos autocrático que el de los Luises— había engendrado en América. No es solo la huella de los «revolucionarios» americanos, las voces libertarias de Enriquillo en la ya despoblada Española, las de Tupac Amaru, el altivo inca, las de los Comuneros Socorranos; es todo un proceso ideológico cuyas fuentes y fundamentos se encuentran en América; en América como «hecho», como realidad, como reactivo eficaz y poderoso que debía conmover las conciencias, iluminar los espíritus, agitar los corazones, del hombre europeo.

Si todo el movimiento de ideas cuyos puntos culminantes hemos señalado a través de estas páginas, rio fueren prueba suficiente para demostrar el origen americano de la libertad, buscaremos el testimonio contemporáneo e irrecusable de la misma Europa.

En 1783, el Abate Raynal, autor de una de las obras de mayor influencia en su época, la Historia Filosófica y Política de los establecimientos y del comercio europeo en las dos Indias, creó un premio que debía discernir la Academia Lyon sobre el tema de si el descubrimiento de América había sido benéfico o perjudicial a la humanidad<sup>27</sup>. Este concurso dio lugar a una especie de plebiscito en que tomaron parte numerosos escritores de muy dispares méritos y de categorías intelectuales diferentes entre los cuales figuraron Condorcet, y el Conde de Chastellux, el abate Genty, Brun de la Combe y otros personajes menores así como varios ensayistas anónimos. Aunque no se produjo ninguna obra capital y el premio fue declarado desierto, las respuestas coinciden casi

---

<sup>27</sup> Algunas de las obras presentadas al concurso abierto por la Academia de Lyon han sido estudiadas por el notable historiador mejicano doctor Silvio Zabala en su valioso trabajo «América en el espíritu francés del siglo XVIII >, México, 1949. Zabala no trata sin embargo de las obras de Condorcet, el Abate Brun de la Combe, Girod-Chantran y algunos otros, de los cuales esperamos poder ocuparnos en próximo estudio.



unánimemente en el hecho de que el gran bien aportado por el descubrimiento de América a Europa ha sido la libertad; se pone en parangón el bien inapreciable que ella representa para los pueblos del viejo mundo, y los males ocasionados por el descubrimiento y la mayoría de los participantes declaran que la libertad los ha compensado todos. Para Condorcet la libertad y la igualdad son las grandes enseñanzas que América puede dar a Europa; expresándose como filósofo y como político, considera que los Estados Unidos han sido el primer país en conquistar una serie de libertades y en ponerlas en ejercicio; Europa puede beneficiarse de ese ejemplo y transformar así sus sistemas políticos y sus instituciones<sup>28</sup>. Para el Abate Brun de la Combe, el descubrimiento de América representa en la historia el paso del espíritu de conquista al espíritu del comercio que debe conducir a los pueblos a la realización de la paz. Sus palabras sobre el porvenir de la América Latina bien merecen mencionarse, no solo por su sentido profético sino porque quizás nunca antes han sido recordadas:

El Sur del Continente Americano llegará también a gozar de los bienes a los cuales puede aspirar, sea colocándose por sí mismo entre los pueblos libres favorecidos indirectamente por las naciones rivales, ayudado por las riquezas y los conocimientos que sacará de un comercio de contrabando que no podrá ser detenido por los esfuerzos de la metrópoli; sea porque la metrópoli renunciando a una dominación ruinosa, se limitará en fin a recoger los únicos laureles con los cuales el Nuevo Mundo pueda en adelante cubrirla y establecerá príncipes de la familia reinante, soberanos independientes en cada uno de los vastos imperios que posee hoy día<sup>29</sup>».

Pero no es posible multiplicar las citas, que serían interminables; digamos solamente que la causa de la independencia americana fue seguida por todas las clases sociales de Francia con el más vivo entusiasmo: las Academias de muchas ciudades abren concursos sobre la significación del gran acontecimiento, se escriben libros, se celebran festivamente las victorias del ejército americano, el movimiento de prensa es extraordinario; hasta en los salones en donde se incubaban ya las ideas revolucionarias, el nombre de América resuena como precursor y modelo; la Vizcondesa de Fars-Fausselandy escribe: «La causa de los americanos parecía la nuestra; estábamos orgullosas de sus victorias y llorábamos por sus reveses; nos disputábamos los boletines, se les leía en todas las casas y ninguno de nosotros no se separaba a reflexionar sobre el peligroso ejemplo que el nuevo

---

<sup>28</sup> Condorcet. De l'influence de la Revolution d'Amérique sur l'Europe (1783), en <Oeuvres de Condorcet , París, 1784. Tomo VIII.

<sup>29</sup> Brun de la Combe, Joseph- André. «Le Triomphe du Nouveau Monde», París, 1785. 2. v.

mundo daba al antiguo».<sup>30</sup> No podía ser de otra manera: América como continente joven, impetuoso, inédito, tenía que ejercer una vasta y profunda influencia sobre el viejo mundo; en los días iniciales representó la perdida edad de oro de los tiempos clásicos; más tarde mostró un nuevo tipo de vida que idealizado por los «americanistas», significó una objetiva protesta contra los viejos regímenes despóticos; de allí nació la noción de independencia que engendró un concepto nuevo: la libertad. Centenares de pensadores europeos ven en América una ruta que debe seguirse, un modelo que debe imitarse. Europa recibe no solo las riquezas inagotables del nuevo mundo sino toda una corriente de pensamiento que transformaría sus instituciones. América puede, pues, reclamar con razón y con orgullo la paternidad de las ideas más caras a la dignidad del hombre; por ello podemos asociar, hoy 12 de octubre —Día de las Américas— el recuerdo de los conquistadores que nos dieron una sangre y una cultura al de los emancipadores que nos brindaron el más precioso de los dones: ¡La Libertad!

Octubre 12 de 1952.



---

<sup>30</sup> Véase: Fay, Bernard. «L'Esprit Revolutionnaire en France et aux Etats Unis a la fin du XVIII siècle». Thèse. París, 1924.